

LECTIO DIVINA

DOMINGO XIII del Tiempo Ordinario (ciclo A)

Evangelio: San Mateo 10, 37-42

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus apóstoles:

«El que quiere a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; el que quiere a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí; y el que no carga con su cruz y me sigue, no es digno de mí.

El que encuentre su vida la perderá, y el que pierda su vida por mí, la encontrará. El que os recibe a vosotros, me recibe a mí, y el que me recibe, recibe al que me ha enviado; el que recibe a un profeta porque es profeta, tendrá recompensa de profeta; y el que recibe a un justo porque es justo, tendrá recompensa de justo.

El que dé a beber, aunque no sea más que un vaso de agua fresca, a uno de estos pequeños, solo porque es mi discípulo, en verdad os digo que no perderá su recompensa».

El discípulo, el misionero, está llamado a ser sin equívocos un hombre de fe y un hombre libre: la Palabra que anuncia exige que nada pueda ensombrece su claridad, su transparencia. Por eso, su estilo de vida es sobrio y sus vínculos afectivos están jerarquizados por el amor a Jesús. Jesús es el valor absoluto para el discípulo, quien le hace capaz de afrontar los sufrimientos e incluso la muerte. Quien acoge al misionero también vive un vínculo de comunión intenso con Jesús y con el Padre, ya que, según la concepción común del judaísmo, el enviado es igual al que envía; quien acoge al misionero acoge a Jesús y en él al Padre que lo ha mandado. Actuando así manifiesta fe concreta, amor humilde y servicial. También quien abre la casa y el corazón al misionero coopera en la extensión del Reino de Dios y participa de la misma dicha que el misionero.

MEDITATIO

En nuestro tiempo, en distintos ámbitos de la vida personal y social, experimentamos las dificultades de acoger «al otro»: al extraño o al vecino; al padre anciano o al hijo concebido; al enfermo crónico o al terminal, o a quien sencillamente sus opciones son diferentes a las nuestras. Advertimos que acoger es correr un riesgo, el de renunciar a algo nuestro en favor del otro, y nos asustamos. Y además, ¿el otro qué hará con la acogida que le ofrezco?

Sin embargo, correr el riesgo puede significar un descubrimiento: el del amor que crece. El otro no es primariamente un desconocido del que defenderse; es sobre todo un misterio enriquecedor por descubrir. El Señor nos recuerda que en la persona que acogemos se hace visible su presencia. Renunciar a un poco de espacio y a un poco de tiempo, ampliar los círculos de amistad para abrazar nuevas amistades, compartir lo que somos, sabemos y tenemos no es privación, sino potenciación fecunda.

Lógica absurda, desde las exigencias urgentes de una rígida contabilidad de dar/tener. Lógica de un amor que ha dado la propia vida para hacer vivir a todos: el amor del Señor, Jesucristo. Es la lógica que cada bautizado hace suya. ¿Cuál es la mía?

ORATIO

Perdóname, Señor: he cerrado la puerta de mi corazón y la puerta de mi casa; a veces por miedo, otras por pereza. Perdóname, Señor. También tengo que decir: perdóname, hermano; perdóname, hermana, porque no has encontrado en mi lugar donde descansar, estar a gusto, sentirte «en casa». Sí, perdóname. Sé que es posible vivir de otra manera, desplegar el amor y ayudar a otros.

Y todavía te suplico, mi Dios: haz que camine contigo en la vida nueva, sin temores infundados, sin sospechar de nadie, sin levantar barricadas.

Que haga de la confianza y del compartir no la cantinela de buenos propósitos o eslóganes espirituales momentáneos, sino la repetida experiencia de todos los días.

Que corra por mis venas tu vida resucitada y florezca en expresiones de verdadero amor.

CONTEMPLATIO

Y por eso dijo [el Señor]: «El que acoge a este niño en mi nombre, a mí me acoge; y el que me acoge a mí, acoge al que me ha enviado» (Lc 9,48). En efecto, quien acoge a un imitador de Cristo acoge al mismo Cristo, y el que acoge la imagen de Dios acoge a Dios. Pero precisamente porque no podíamos ver la imagen de Dios, Él se nos ha hecho presente por medio de la encarnación de su Verbo, para así acercarnos la divinidad, realidad que está tan por encima de nosotros (*Ambrosio de Milán, «Comentario al evangelio de san Lucas», VII, 24, en Obras de san Ambrosio, 1, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1966, 357*).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive la Palabra:
«Andemos en la vida nueva» (*Rom 6,4*).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Dios, que me entrega tesoros para que los guarde, me permite que los custodie y los administre bien [...]. Me agrada relacionarme con los demás. Mi intensa participación, me parece, irradia lo mejor y más sincero de mí; las personas se muestran sinceras conmigo, cada uno es una historia, y todos me cuentan su vida. Y mis ojos encantados no tienen que leer. [...]. Soy un enfermo, no puedo hacer nada. Más tarde enjugaré lágrimas y replegaré miedos, allá abajo. En el fondo, ya lo hago en esta cama. ¿Quizá sea por esto por lo que tenga fiebre y mareos? No quiero ser cronista de horrores. Ni tampoco de sucesos sensacionales.

Esta mañana le he dicho a Jopie: siempre llego a la misma conclusión, la vida es bella. y creo en Dios. Quiero estar entre los «horrores» y decir igualmente que la vida es bella. Ahora, con fiebre y mareos, acostado en un rincón, no puedo hacer nada. Hace poco me he despertado con la garganta seca, he aferrado mi vaso y he agradecido los sorbos de agua; he pensado: si pudiese andar entre los millares de hombres amontonados por ahí y pudiese ofrecerles un trago... Me digo: no es nada, tranquilo, no es nada, tranquilo.

Cuando una mujer o un niño hambriento se ponía a llorar detrás de nuestras mesas de grabación, me arrimaba, le abrazaba sobre mi pecho, le apretaba, le sonreía y suavemente le decía a quien se encontraba acurrucado y aturdido: no es nada, no es nada. Me quedaba allí y, si podía, hacía algo. A veces me sentaba cerca de alguien, le ponía el brazo encima del hombro, guardaba silencio y le miraba a la cara. Nada resultaba nuevo, ninguna de aquellas expresiones de dolor humano. Todo me parecía familiar, como si ya hubiera vivido cada cosa. Algunos me decían: tienes nervios de acero para resistir. No creo que tenga nervios de acero; más bien, nervios sensibles, capaces de «resistir». Tengo el coraje de mirar de frente al dolor. Al final de cada día me decía: ¡quiero tanto a los hombres! (*E. Hillesum, Diario 7947-7943, Milán 51992, 232ss*).